

6-355
CASA ANU SECC UNAMUNO

De actualidad

DEL RETABLO DE MAESE PEDRO

Quando maese Pedro abrió el retablo y lo descubrió—"lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente"—a los ojos de Don Quijote y Sancho y Compañía—como puede verse en los capítulos XXV y XXVI de la Parte II del Libro—y el trujamán empezó a explicar el drama apareció Don Gaiferos, olvidado ya de Melisendra, jugando a las tablas, por lo que el emperador Carlomagno, "padre putativo de la tal Melisendra" "mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le gale a reñir". "Y adviertan—dice el trujamán—con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorriones, y aún hay autores que dicen que se los dió..."

El otro día os hablábamos, lectores nuestros liberales—¿no han de serlo los d' EL LIBERAL? —, del maese Pedro, de Ginesillo de Parapilla; hoy queremos deciros algo de Don Gaiferos y del emperador Carlomagno, el de los cetrazos de retablo, retablescos cetrazos!

Lo que quería Don Gaiferos, no nos quepa duda, era que le dejaran en paz jugar a las tablas. Don Gaiferos, que aunque parecía de palo y un títere, era tan de carne y hueso como Ginesillo, como Don Quijote y Sancho y aún como Cervantes y como nosotros—si es que lo somos... —Don Gaiferos sabía muy bien que le hacían moverse las manos de maese Pedro. ¿Y Carlomagno? Sí; también Carlomagno, emperador y todo como era, sabía que los cetrazos a Don Gaiferos era maese Pedro quien se los daba. Y también Carlomagno, emperador y todo, habría preferido que le dejaran en paz. Pero, en fin, "¡gajes del oficio!", según solía decir y nos lo ha transmitido en otra obra, hasta hoy inédita, Cide Hamete Benengeli.

Es opinión general que éstas han sido frigidísimas. No se ha logrado apenas comparsa y menos, coro para la función. Las gentes se dan cuenta de que lo que puede interesar se resuelve—si se resuelve...—en una cámara o camarilla, en un escritorio, en una alcoba, en una taberna, en una timba acaso, en un cuarto de banderas, en una sacristía, en un Palacio o en una Casa del Pueblo, en cualquier parte menos en el Parlamento.

¿Y el Gobierno? Hay que ser justo y decir la verdad. Esta vez no ha forzado, ni mucho menos, lo que suele llamar la máquina electoral. Ni podía forzarla... Pese a las naturales quejas de los que se creían perseguidos—¡entre ellos algún ministerial!—no ha ejercido ni amañes ni violencias. Algunas ridiculeces, sí, algunas inútiles ineptias. Pero esto para contentar a los candidatos de poco seso. No, el Gobierno no se ha excedido. ¡Pero si iba de mala gana!...

Somos de los que creemos que al señor Dato y Compañía les habría importado muy poco ser derrotados en las elecciones y tener así un honroso pretexto para retirarse por el foro, haciéndole de paso, un significativo gesto, con el brazo y la mano, al empresario. ¡Mientras le dejan a uno jugar tranquilamente a las tablas!...

En un mitin a que asistimos y en el que tomamos parte se recordó, hablando del último decreto de disolución de Cortes, la famosa escena histórica entre don Salustiano Olózaga y la joven reina Isabel, casi una niña. ¡Una escena de retablo también! Sin más que dos testigos, a cuyos testimonios hay que atenerse. ¡Pero a qué venía ese recuerdo? ¡No, no, muy mal traído! Y lo dijimos allí mismo. Ahora no ha habido Don Salustiano ni mucho menos. ¡No, nada de Don Salustiano! Más bien lo contrario, un anti Don Salustiano. ¿Verdad, don Eduardo?

¿Verdad, don Eduardo, aquí, para inter nos, que Don Gaiferos habría preferido que le dejaran quieto, en su casa, olvidado de Melisendra—aunque no de otra dama cualquier—

ra—jugando a las tablas o al tresillo? ¿Verdad que no están los días para olozagadas?

Nuestro amigo el conde de Romanones, gran conocedor de los recovecos del retablo y liberal de veras—pero liberal de amagar y no dar— cree que el Gobierno actual no hará los presupuestos. ¿Y otro? Desde que nuestro amigo el conde de Romanones envainó aquel estoque histórico, también de retablo, sigue viendo muy claro. Pero sólo viendo, por desgracia... Verdad es que a las veces lo mejor es no ver. Aunque corra uno el riesgo del Sansón agonista, el de Milton, el que decía: "¡Ciego entre enemigos, oh, peor que cadenas, calabozo, mendicidad o edad decrepita!" ¡Sí, cosa terrible vivir ciego y entre enemigos, y lo sabía Milton, ciego también, tanto como Sansón! ¿Pero no es verdad, amigo don Alvaro, que muchas veces es peor aún vivir con mucha vista y entre amigos?... Sí, sí, entre amigos y con demasiada pupila suele ser a las veces peor que entre enemigos y ciego. Sobre todo si los amigos no ven demasiado.

El que vive ciego y entre enemigos es otro. Aunque no sea ni Sansón ni siquiera agonista. Y menos, protagonista.

No, el Gobierno, esto que a falta de otro nombre se llama así por antonomasia—por contraposición—no hará presupuestos ni supuestos algunos; hará como que hace; hará lo que le dejen hacer. Y no se hará nada. Así, en plena disolución política, no se puede hacer nada.

¿Que truena bajo tierra? ¿Que nos rondan terremotos? ¡Bah! ¡Contádselo a maese Pedro! Hay que hacer que se hace...

El pobre Don Gaiferos, hostigado por los cetrazos de Carlomagno, arrojó "impaciente de la cólera lejos de sí el tablado y las tablas" y pidió las armas, y a su primo Don Roldán prestada su espada Durindana, que el primo no se la quiso dar, y fué a la libertad de su esposa Melisendra. Lo que hay que volver a leer hasta el momento en que Don Quijote hizo añicos del retablo. Sin gran pesar, lo sabíamos de buena tinta, de los títeres. Que apetecían descanso, y aunque fuese con la cabeza rota.

¿Pero pidió Don Gaiferos a Don Roldán que le prestase su espada Durindana? Lo dudamos, lo dudamos mucho. La quería Don Roldán para sí. Y Don Roldán, como Don Gaiferos y como Carlomagno se movían por mano de maese Pedro. Y hasta los cetrazos eran de éste. Pues él llevaba la batuta.